

LA LECTURA POPULAR

Año XLIX

Orihuela 1 de Julio de 1932

Num. 1165

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

El látigo de Dios



Hay un cuento árabe cuya moraleja demuestra que para castigar Dios la malicia de los hombres, no necesita más azote que el de su malicia misma.

He aquí este breve apólogo, variado tan sólo en la forma y en algunos ligeros detalles que hemos añadido para patentizar más la moral que encierra.

Tres sectarios del Corán, muy pobres pero muy ambiciosos, viajaban juntos dirigiéndose al Indostán.

Llamábase el uno Zefir, el otro Amar y el tercero Mostadí.

Los tres eran jóvenes, eran amigos y marchaban alegres con la cabeza llena de ilusiones.



A una vuelta del camino, encontraron entre unos rosales silvestres una llavecita dorada y junto a ella señales enequivocas, de haberse removido la tierra.

—Si habrán escondido en este sitio, algún tesoro y esta llave se le habrá caído al que lo escondió?—dijo Amar.

—¡Oh! ¡qué ideal, exclamaron Zefir y Mostadí. Cavemos inmediatamente la tierra a ver si Amar es para nosotros el ángel de la fortuna.

Inmediatamente pusieron a arañar el suelo como tres leones, ensan-

grentándose los dedos por descubrir el tesoro imaginado.



No había transcurrido media hora, cuando con gran alegría desenterraron un cofrecito de extraordinario peso; abrieronlo y lo encontraron lleno de oro.

Cualquiera creerá que aquellos tres afortunados darían gracias a Amar por su feliz ocurrencia y llenos de satisfacción se repartirían como buenos amigos el tesoro descubierto.

Nada de eso. Al momento que el oro brilló ante sus ojos, extinguióse la amistad, borrose toda idea de justicia, y cada cual pensó para sus adentros en la mejor manera de deshacerse de sus compañeros y apoderarse el solo del caudal.

—Amar, dijo Zefir: antes de repartirnos este oro que tanto pesa, creo que debíamos celebrar el hallazgo y tomar fuerza para llevarnoslo haciendo una opípara cena. Ve a la ciudad inmediata y trae provisiones abundantes.

Partió inmediatamente Amar y no bien lo perdieron de vista ambos pillastres, pusieron de acuerdo para asesinarle cuando volviese de la ciudad.



Al efecto emboscáronse detrás de unos arbustos y cuando Amar regre-

saba cargado con el peso de las provisiones, arrojáronse sobre él, y le pagaron la feliz revelación costándolo a puñaladas.

Enseguida se sentaron muy tranquilos a cenar opíparamente y ya se disponía uno de ellos a buscar la manera de asesinar también al otro, cuando de repente, sintieron ambos un agudísimo dolor en el estómago.

—Estoy malo, dijo Zefir.

—Pues yo también siento una angustia inexplicable, dijo Mostadí.

—¡Oh! qué dolor tan espantoso.

—¡Ay! que angustia tan terrible.

Y ambos malvados pálidos como la muerte cayeron en tierra presa de terribles convulsiones, comprendiendo demasiado tarde que Amar, tan granuja como ellos, había emponzoñado las viandas para darles la muerte y apoderarse el solo del tesoro descubierto.



Momentos después, los rayos de la luna iluminaban los cadáveres de los tres ladrones y el dueño del tesoro, honrado mercader que perseguido por algunos enemigos había tenido que emigrar y depositar allí su caudal, regresando aquella misma noche, volvía a encontrarlo intacto, no obstante su descuido en dejar caer la llave que lo guardaba.

Dios que había castigado a los criminales con el látigo de su misma malicia, había velado por la suerte del inocente evitando que le robasen el fruto de todos sus trabajos.

**

Pero esto es un cuento, exclamará algunos; una fábula de «Las mil y una noches.»

En efecto es una fábula; pero esa fábula encierra una gran verdad comprobada cada día por una porción de hechos ciertos y reales. Véase el siguiente acaecido recientemente en España, y dígame después si no es cierto que Dios castiga sin vara azotando a los hombres con el látigo de su propia iniquidad.

Un mercader de azafrán, hombre sin pizca de conciencia, que había hecho su fortuna adulterando el género y dando al comprador gato por liebre; (sin tener en cuenta que en los negocios injustos, el único que sale ganando es el diablo que está siempre detrás



de la puerta,) avistose un día con otro comerciante tan granuja como él, pero más taimado, y entraron en tratos para ajustar una partida cuyo importe ascendía a tres mil duros.

No tardaron mucho tiempo en entenderse y cerrada que fué la venta, el comprador hizo pasar al vendedor a su despacho y abriendo su caja, comenzó a sacar fajos de billetes de banco, y fué colocándolos sobre la mesa para pagarle.

—Uno, dos, tres, cuatro... Así fué contando paquetes de billetes hasta la cantidad de quince mil pesetas que entregó al vendedor.

—Ahí tiene usted, le dijo, sus tres mil duros en billetes de cincuenta pesetas. Puede usted repasar los fajos, mientras yo termino esta cartita.

Y bajando la cabeza se puso a escribir.

El vendedor abrió el primer fajo y vió que en vez de billetes de cincuenta pesetas le daba billetes de a ciento.

Contó el fajo y había veinte. Total dos mil pesetas.

La sangre de ladrón que corría por sus venas le dió un vuelco, y le hizo latir apresuradamente el corazón.

Este hombre se ha equivocado, pensó dentro de sí: me aguantaré.

Destapó el segundo paquete y observó lo mismo; el tercero lo mismo; y el cuarto igual. Su emoción no tuvo límites al ver que eran también billetes de cien pesetas y que la cantidad estaba duplicada; pero finjó serenidad.

—Bueno dijo; estoy conforme.

—Pues extiéndame usted un recibo, dijo el comprador.

—Con mucho gusto.

—Y el vendedor dictó el recibo del modo siguiente.

—«He recibido de D. N. N. la cantidad de quince mil pesetas en billetes de banco de España de a cincuenta pesetas cada uno, como precio de tantas libras de azafrán que he vendido y entregado a dicho señor, a su completa satisfacción.»

Diez minutos después, salió el azafranero de la casa del comerciante, más alegre que unas pascuas, y se marchaba de la población de prisa y corriendo para evitar que el comprador cayese en la cuenta, y tratase de deshacer el error armando una escandalina.

Llegado que hubo a la capital de la provincia, dirigióse a la sucursal del banco y quiso reducir a oro los billetes recibidos.

—Son falsos, le dijeron al destapar el primer paquete.

—Son falsos, dijeron al abrir el segundo.

—Son falsos, le dijeron al descubrir el tercero.

Todos los billetes eran falsos.

El azafranero creyó que le dada un ataque apoplético.

Pero aún fué mayor su aturdimiento cuando echándole mano los dependientes del banco, lo entregaron a la policía como falsificador de billetes.

—¡Pero Señores! si estos billetes me los han dado por buenos.

—¿Quién?

D. Fulano de tal.

—Pruébelo usted.

—Aquí está el recibo.

—¡Pero hombre! ¡cómo pueden estos billetes proceder de tal sujeto, cuando en el recibo figuran billetes de cincuenta pesetas y los que usted lleva son de cien?

El desalmado azafranero bajó la cabeza. Había encontrado otro tunante más listo que él y había sido víctima del propósito que había hecho de robarle.

Si él hubiese sido un hombre honrado, el astuto comprador no habría podido engañarle, porque o hubiese examinado detenidamente los billetes, o hubiese hecho que otro los examinase; pero al ver el cebo le cegó la codicia, no quiso entretenerse y cayó en la red.

Su pecado le había arrebatado la fortuna, y le ponía en la puerta del presidio.

¡Ah! Cuán verdad es aquello que dice la Sagrada Escritura. *Por allí donde el hombre peca, en aquello mismo es castigado.*

A. Clavara

D. José Maciá (J. Montañés)

El redactor de «La Lectura Popular» don José Maciá que muchas veces, sobre todo en las poesías, se firmaba J. Montañés, falleció el día de S. Juan, santamente como había vivido. Maciá fué un gran escritor y un gran poeta. En este mismo número sale el primero de unos trabajos que había escrito para «La Lectura». Su pensamiento era no comenzar a publicarlos hasta su terminación; pero la muerte le ha sorprendido antes de dar fin al plan que se había propuesto.

En las páginas de «La Lectura» están sus mejores producciones. Muchas de ellas han recorrido las columnas de gran número de publicaciones españolas e hispano americanas,

A nuestros lectores pedimos una oración por el alma de nuestro querido J. Montañés.

Los Crucifijos y las Profecías de la Madre Ráfols. Relación histórica.

Precio del folleto 25 céntimos.

Revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a la Madre María Ráfols y Biografía de esta Madre.

Precio del folleto 40 céntimos.

Franqueo 0'05 céntimos. Certificado 0'05 céntimos.

Los pedidos acompañados de su importe al Administrador de «La Lectura Popular», Orihuela.

DEBE Y HABER

CASOS Y COSAS

DEBE el hombre el ser

El ser es mi HABER

Hay una fecha en mi fe de bautismo que indica el día y hora de mi nacimiento.

Ese día en que mi madre me dió a luz comencé a ser en el mundo y fui contado entre los hombres como uno de ellos.

Anteriormente al día de mi nacimiento, nada era, como nada son hoy todos los que están por nacer.

No vine a la existencia por mi propia voluntad, puesto que, no siendo, nada podía querer.

Si no pude querer mi existencia, menos pude dármele; puesto que el querer y obrar, supone el ser.

Luego soy por la voluntad del que quiso y pudo darme la existencia y en efecto me la dió.

En la generación mía mis padres no intervinieron más que como instrumentos; puesto que obraron sujetos en todo a las leyes de la naturaleza humana, de la cual no son autores ni dueños, sino tenedores y siervos de ella como yo.

Luego al que crió la naturaleza humana, haciendo aparecer al hombre en el mundo, y le dió, al criarla, las leyes de la generación por las cuales se había de propagar, le debo mi existencia, como a verdadero autor y dueño de ella.

Obra tan maravillosa como es el hombre, tanto si se atiende a su parte espiritual como a su parte material, no pudo ser efecto del acaso, ni de las fuerzas ciegas e inconscientes, desconocedoras del plan y fin de su propia obra.

Luego a Dios, causa infinitamente inteligente y poderosa, que crió mi alma espiritual y me dió mediante la generación mi cuerpo, es al que debo mi existencia y por consiguiente el ser de hombre que tengo.

Es mi primer "haber" la existencia, la que creo y confieso haber recibido de las manos de Dios.

Siendo la existencia un bien, mi primero y más elemental deber es dar a Dios gracias por ella; puesto que no merece tenerla, el que no sabe corresponder, agradecido, al amor de Dios que se la dió.

Dios, al darme la existencia, no me la dió a tontas y a locas sino por algún fin; el cual debo conocer, para hacer de ella el uso que corresponde.

El fin de Dios al darme la existencia fué la manifestación de su gloria; luego tengo recibida la existencia para manifestar la gloria de Dios por medio de ella.

Mi existencia, por consiguiente, que depende de su voluntad divina, pone de manifiesto y pregona la absoluta independencia de la suya, que la tiene por esencia y de nadie la ha recibido.

Mi existencia contingente, que, como es, pudo no ser, sin detrimento y mengua de nadie, publica la absoluta necesidad de la suya, sin la cual nada puede ser.

Mi existencia, mudable y limitada, da a conocer la suya inmutable y eterna que no se cambia y muda como la mía, ni tiene principio ni fin, como, absolutamente lo tienen todos los seres que existen y son obra de sus manos.

Mi existencia tiene el fin propio y peculiar que Dios quiso darle para la manifestación de su gloria. La existencia de Dios tiene en sí misma la razón de su ser, puesto que Dios existe por sí y para sí, con absoluta independencia de todo lo creado.

Tengo, pues, una existencia contingente, mudable, limitada y dependiente de Dios, que la tiene necesaria, inmutable, eterna y absolutamente independiente. Es por consiguiente de Dios y para Dios, por habérmela dado. El por un acto de verdadero amor, al cual he de corresponder con la debida acción de gracias.

J. Maciá

Hasta ahora las procesiones tenían su significación y su modo de ser, según lo determinado por el derecho canónico y por las costumbres religiosas de los pueblos... A nadie se le había ocurrido decir que un viático o un entierro era una procesión. Pues bien, ciertos pontífices y ciertos monterillos han definido por su autoridad que los entierros y los viáticos son procesiones y que no se pueden hacer sin su autorización, la que no suelen conceder.

Un gobernador ha tenido el buen sentido de resolver que los viáticos y los entierros no deben ser impedidos, ni es necesario que se pida permiso, pues no es ese el sentido de la Constitución, ni se les puede considerar como procesiones. No todo han de ser jabalíes...

Lo de Carabanchel fué una cosilla... que ha causado el relevo de tres generales, que tiene actuando a un juez especial, que movilizó a una serie de personajes... total, nada. Para las cosas que ahora pasan...

Los periódicos de la izquierda no ven más que peligros y gentes sospechosas por todas partes. Las derechas, los cavernícolas, los tales y los cuales, es menester vigilarlos continuamente, porque esos apuntan a un lado y disparan a otro. Periódico izquierdista hay que pide, por lo menos, el fusilamiento de todos los sospechosos... Dicen que el Régimen está en peligro cuando lo que está en peligro, y es lo que a ellos les interesa, son sus enchufes... Lo peor que le puede pasar a un régimen es que se le identifique con un partido o con una clientela... Entre los delitos contra un régimen debiera estar ese... que hace más daño, que todas las campañas juntas...

Los madrileños no toleran que sus diputados hayan votado los artículos aprobados del Estatuto catalán. El poeta y casero Tapia ha dicho que no quieren alquilarle las casas, y que basta que se enteren que son suyas para que digan: ¿Ese ha votado el Estatuto? Pues no nos interesan sus casas... En el Ayuntamiento hubo gran bronca, por que varios de los concejales-diputados habían votado a los catalanes... Es la tempestad que arrecia fuera...

Para muchos españoles

La enseñanza de la Religión en los colegios de la India

Fue en MANGALORE (India) una iniciativa acertada la que, hace 4 años tuvo el Consejo Católico de Educación (Catholic Educational Council) de la Presidencia de Madras. Para fomentar el estudio de la religión en los colegios católicos de la India Meridional, organizáronse exámenes, con premios, entre los diversos escolares matriculados. En los celebrados últimamente, participaron 517 alumnos de 8 colegios, sobre los 11 que funcionan, en total. El avance es fuerte, ya que hace cuatro años solamente se presentaron 137 colegiales. El tribunal examinador, presidido por el Padre Ambruzzi, Jesuita, Rector del Colegio de San Luis Gonzaga de esta Ciudad, ha podido comprobar, con gran satisfacción, la aplicación y progresos admirables que, de año en año, están realizando los alumnos matriculados en estos cursos de religión y a cuyo estudio se dan los estudiantes indios con un interés merecedor del mejor aplauso.

Exposición católica de artes e industrias en Bombay

En BOMBAY (India) la exposición inaugurada el 7 de abril, en presencia del Gobernador de esta ciudad, ha sido clausurada el 24 del mismo mes. Enorme ha sido el éxito que lograron sus organizadores. Tratábase de dar a conocer a la India entera lo que por las artes e industrias hacen los católicos indios. Millares y millares de visitantes han desfilado por los diversos pabellones. La prensa se ha ocupado largamente de este acontecimiento, aún la nacionalista, que mira, no pocas veces, con hostilidad al catolicismo. Diariamente en sus columnas se han publicado artículos y fotografías de la Exposición. En un periódico que editase exclusivamente para los indios, se les invitaba para que no dejaran de visitarla, ya que allí hallarían expuesto las mejores producciones de la India.

Al decir de un crítico eminente de Bombay, de reconocida imparcialidad en sus juicios, la comunidad católica de la India, con este motivo, acaba de manifestarse en el terreno del arte y de la industria, como codeándose con las comunidades más importantes del país.

Los productos han tenido una acogida inesperada. Las ventas totales arrojan una suma de 5.000 rupias. Algunas mujeres de una tribu miserable, convertida recientemente, ellas solas vendieron por valor de 150 rupias. Son cantidades importantes, si

se tienen en cuenta los momentos de crisis actual.

Los cabecillas indios de Bombay que se interesan por el desarrollo y florecimiento de industrias totalmente indígenas, no ocultan la gran importancia que ha tenido dicha Exposición. Algunos de ellos se han dirigido a una comunidad de Religiosas para que hagan labores de encaje con material del país. Otros se han ofrecido para lanzarlas al mercado.

La circular que el Excmo. Sr. Delegado Apostólico en la India ha dirigido al Comité Ejecutivo de la Exposición, felicitándole por el éxito de la misma, tuvo una acogida de unánime aprobación en todas las esferas.

El Gobernador de Bombay, en la ceremonia de inauguración, pronunció un brillante discurso, animando a los católicos para que vayan ampliando esta clase de trabajos, como medio el más apto para contrarrestar la crisis presente.

Y al visitar luego, los diversos pabellones, detúvose gran rato en el del Hermano Zimmer, jesuita, que vive, desde cuarenta años hace, en medio de las tribus Kathakari de Kandalla. Fue el quien enseñó a los indígenas a fabricar los tapices más renombrados de toda la Presidencia. El Gobernador prometió al Hermano Jesuita que le visitaría, un día en su misma residencia de la selva. Y al cerrarse la Exposición ha escrito, también, a los organizadores, agradeciéndoles la invitación que le dirigieron para inaugurarla y dándoles la enhorabuena más cordial por el triunfo conseguido.

El gesto que han tenido los católicos de la India, preparando tan interesante Exposición, tendrá, indudablemente, repercusiones muy hondas para un avance, muy firme, de la obra misionera.

Las casas del porvenir

Con frecuencia las revistas se preocupan por la suerte de nuestros billetes y se preguntan con ansia:— «¿Cómo vivirán? ¿Qué comerán; cómo se divertirán; cómo se romperán las costillas en las guerras futuras?

¿Vivirán en sombrías casas de vecindad, hormigueros humanos, sin sol, hundidos diez pisos bajo el suelo, como se ve en la película «Metrópolis»? ¡Horror! Si esto fuera así, bendito sea Dios que nos ha hecho nacer en la época de los rascacielos.

Le *Pelerin* observa que, según la exposición de arquitectura moderna, celebrada últimamente en Londres, la casa del Porvenir será una maravilla de comodidad.

Lejos de los centros fabriles, a los

cuales se podrá acudir en pocos minutos con el aeroplano, la casa de mañana se levantará blanca, silenciosa, alegre a la luz del sol. ¿Su estilo? Cúbico o rectangular. Las piezas se pueden modificar, dividir, como en un castillo de naipes. Nada de piedras ni de madera: puertas, ventanas, cercas, serenos de metal inoxidable. Los muros compuestos de materias translúcidas, incombustibles, de colores alegres. Nada de lana, ni de crines, que son nidos de microbios. Almohadas y colchones serán de caucho, que se llena de aire. El sol entrará como Pedro por su casa por las ventanas que serán tan anchas como la conciencia de las que visten a la moda y bailan el charlestón. Cerca de la casa, habrá garage, cuya puerta, una cortina de hierro, se elevará automáticamente en cuanto el «aerocarro»—mezcla de auto y de avión—dirija sus focos sobre el garage. Donde quiera botones, aparatos registradores. En la cocina trabajará una cocinera invisible, pero excelente: la electricidad. Esta señora lava, seca, plancha, cuece, pela patatas, tuesta y fabrica hielo, todo a la vez y en un instante. El ama, hará sus compras a distancia. Por televisión escogerá, mientras toma el baño, el pollo que le conviene allá en la tienda o en el rancho; apartará la fruta que madura en el árbol, la cual le será remitida en seguida por neumáticos.

En cada pieza habrá un receptor automático de radio. Bastará dar una vuelta para oír lo que se quiere: la bendición del Papa, un estornudo del emperador de China (me equivoco, entonces ya no habrá emperadores), una grosería de Calles (otra equivocación de Calles ni el más mínimo recuerdo quedará entonces).

Pero los moradores de esas casas tan cómodas, ¿serán felices? Yo estoy viendo desde aquí a nuestros biznietos, elegantes, de carnes finas, castros transparentes; bestezando y aburriéndose en la casa del porvenir.

¿Será más feliz el hombre con la cocina eléctrica y todas las comodidades de la casa de mañana? ¿Serán suprimidos los disgustos de familia, las tristezas, el matrimonio de las pasiones, el anhelo del más allá? Y cuando el superhombre del porvenir, aburrido de radio y de músicas ultramodernas acuda a la biblioteca y abra, por curiosidad, un libro viejo, muy viejo, los Evangelios, leerá una frase que por novedad le dejará pensativo:— «¿Qué le aprovecha al hombre si gana todo el mundo y llega a perder su alma?»